

JUAN FRANCISCO FERRÉ

Providence

Finalista Premio Herralde de Novela



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

El día 2 de noviembre de 2009, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Paloma Díaz-Mas, Luis Magrinyà, Vicente Molina Foix y el editor Jorge Herralde, otorgó el XXVII Premio Herralde de Novela, por mayoría, a *La vida antes de marzo*, de Manuel Gutiérrez Aragón.

Resultó finalista *Providence*, de Juan Francisco Ferré.

También se consideró en la última deliberación la novela *Black, black, black*, de Marta Sanz, excelentemente valorada por el jurado, que recomendó su publicación.

I am PROVIDENCE
Howard Phillips Lovecraft

PROVIDENCE
NIVEL 1

EL PRINCIPIO DELPHINE
(mayo-septiembre)

Toma 1: ZONA CERO

Podría suceder así, pero también de otro modo. Es sólo el principio.

Me llamo Álex Franco y soy director de cine. O lo era, si lo prefieren. Vine a Providence a escribir el guión de una nueva película. Vine a Providence con la excusa de escribir el guión y preparar la película. Con la intención de reescribirlo, más bien, engañado por la promesa de poder filmarlo con una buena financiación y un equipo internacional de primer nivel. Alguien de cuyo nombre no puedo acordarme ahora lo había escrito previamente. No para mí, no necesariamente para mí. Lo había escrito y basta. Lo había escrito y ya no podría filmarlo, según supe después. El guión cayó en mis manos por algo que no me atrevo a llamar casualidad. Transcurría el año en que cumplía treinta y nueve y acabé, para terminar de celebrarlo, en Providence, capital del estado de Rhode Island, Estados Unidos, América, capital del Capital y sede central del sistema de operaciones del sistema.

Con la excusa de escribir, he dicho, y es una falsedad, una más en esta historia de falsedades sin cuento que es la historia del cine y también la mía, letra minúscula de esa misma historia. La versión oficial al menos. La excusa era dar clase, enseñar unos cursos de cine como profesor visitante, en particular uno de teoría e historia del cine y otro, en el segundo semestre, mucho más práctico, de técnicas y narrativa cinematográfica, mientras preparaba mi nuevo proyecto, más o menos basado en el guión de otro, ya lo he dicho. Era la primera vez que hacía algo así. Realizar las ideas de otro, hacerlas mías y transformarlas. También la última.

Como en un bucle, no sé cómo me las arreglo siempre para volver al principio. A Delphine, principio y fin de todo esto.

Reinicio.

El principio, los principios. Uno sólo entre todos los posibles.

Toma 2: EL PRINCIPIO DELPHINE

Sigo sin entender por qué, de todos los lugares del mundo, tuve que venir a parar a Providence. Sólo sé que se lo debo a una mujer. Cómo no. En mi caso, esto no significa nada nuevo, ni especial. Y

no fue en Providence, paradójicamente, sino en Cannes, en el Festival de Cannes, donde la conocí. De todos los sitios del mundo, tuvo que ser ahí. En medio de ese espectáculo montado a lo grande para vender la producción de Hollywood al por mayor y tratar de colar las producciones europeas en el lote minoritario del segundo y el tercer mundo. Ahí, en ese gran mercado del mundo cinematográfico, conocí a mi nueva mecenas. Una mecenas, por cierto, que no se conformaba con serlo y aspiraba a la condición de musa. Todo esto ya se irá entendiendo poco a poco. Como ella solía repetir, era su eslogan de producción, tenemos tiempo. Mucho tiempo. Aunque yo no parecía tener tanto, desde luego. Y mi carrera tampoco si pretendía tomar otro derrotero más directo hacia el éxito.

Mi segunda película, un desastre titulado *La fiesta grande*, concursaba en la Selección Oficial. Una película española que algún colgado de la organización del festival habría visto por casualidad, después de emborracharse con uno de los productores en alguna fiesta privada, y le había parecido lo bastante excéntrica, o le habían dado bastante pasta, como para pensar en incluirla en la competición oficial algunas semanas antes de su estreno nacional. No ganó ningún premio, desde luego, aunque una parte de la prensa internacional fue generosa con ella, debieron de confundirla por el idioma dominante con una cinta latinoamericana, otra parte sólo mostraría indiferencia o rechazo hacia sus planteamientos estéticos («plagiados de diversos directores de moda en el circuito de festivales como Tarantino, Haneke o Fincher», según la mediocre opinión de un desinformado crítico de cine español al que no pienso dar más publicidad citándolo por su nombre).

La noche de la fiesta de presentación, nada del otro mundo a pesar del esfuerzo general por fingir que el estreno en el festival había sido un éxito, volví al hotel solo, situación que no había previsto ni buscado pero que, dadas las circunstancias, no me disgustaba en absoluto. Veronique, mi mujer francesa, que había dejado de serlo hacía casi un año pero con la que aún mantenía de tanto en tanto contactos que no excluían la dimensión más íntima, se había quedado en Madrid para no interferir en mis relaciones públicas y, mucho menos, en las privadas, comenzando por mi furtiva aventura con una de las actrices de la película (no puedo escribir su verdadero nombre sin arriesgarme a una demanda por difamación), que también se había quedado en Madrid a última hora por culpa de un ataque repentino de celos de su nuevo novio (un fogoso bailarín flamenco, su nombre merece ser igualmente silenciado por razones le-

gales). Por tanto, todas mis mujeres, las reales y las falsas, me habían abandonado a mi suerte en esta hora definitiva.

Iba solo, pues, por el pasillo de la sexta planta donde me alojaba camino de mi habitación, combatiendo la sensación de dulce fracaso, como solía, con irónicas dosis de autocompasión, cuando noté que ya no estaba solo. Me volví por casualidad y mi mirada descolocada localizó a unos metros detrás de mí el rostro sonriente de una mujer mayor, guapa, rubia, vestida con elegancia, pero mayor. Paseándose sin complejos por el peligroso filo de la sesentena. La desconocida me hizo un gesto digno de las divas del cine mudo y me detuve a esperarla, atraído por el estilo y la gracia con que su esbelto cuerpo se apropiaba paso a paso del escaso espacio que nos separaba. Se le había soltado uno de los tirantes del vestido veraniego (azul turquesa, escotado, llamativo) y la desnudez integral del hombro cuando se instaló junto a mí me hizo olvidar de repente todos los años que esa piel llevaba revistiendo ese cuerpo en asociación más o menos armónica. Era francesa y hablaba en francés. El español, un idioma hurraño, era una incógnita para ella. El francés, a pesar de ser la lengua cartesiana de mi madre y también la de mi ex mujer en una coincidencia que sólo un psiquiatra sería capaz de malinterpretar, me hacía sentirme en cuanto lo oía como en mi segunda casa, una casa diseñada más conforme a tu gusto y donde no vives todo el año, pero donde quizás te sientas, por razones inexplicables, mucho más cómodo que en la principal. Algo así se me ocurre ahora para explicar mi relación personal con ese idioma familiar y sus posibilidades de relación con todos los que lo hablan en el mundo. Lo comprendí enseguida cuando la mujer me pidió con una sonrisa difícil de olvidar que la acompañara a su habitación. Acepté su oferta ya que no tenía nada mejor que hacer hasta que llegara la hora de coger el avión a Madrid, ya en la tarde del día siguiente. Debía de haber sido de una irresistible belleza hasta no hacía muchos años, ahora era bella, sin duda, pero también resistible. O eso creía yo como un ingenuo mientras avanzaba a su lado por el largo pasillo, mucho más largo y enredado de lo que recordaba, y girábamos por un recodo que desconocía hasta enfilar otro pasillo y otro más a la izquierda, ya había perdido toda capacidad de orientación, cuando se adelantó para abrir una puerta e invitarme a entrar desde el otro lado con un gesto de una elegancia desfasada. El hotel era inmenso, uno de esos contenedores para masas de consumidores infatigables, y nos encontrábamos en la zona de las suites, donde ella, por lo que parecía, se alojaba sola. Al verme intrigado por las circunstancias de su estancia, me rogó que no hiciera preguntas to-

davía, que reservara mis dudas o inquietudes para después. Habría tiempo entonces de discutir todos los detalles. Mucho tiempo, me dijo en un francés deliberadamente seductor, alargando las sílabas hasta convertir el «mucho» galo (*beaucoup*) en la promesa sensual de un «bello golpe» (*beau coup*), mientras me tendía un manuscrito encuadernado en una mano y una cinta de vídeo en la otra. Me ordenó, el verbo no es exagerado, que les echara un vistazo a ambos en ese mismo momento, mientras ella se duchaba, sentía necesitarlo, se disculpó. La noche había sido muy larga, con varias fiestas igualmente divertidas, igualmente aburridas, llenas de conversaciones pretenciosas con gente sin importancia, y viceversa, conversaciones sin importancia con gente pretenciosa, y el día también, con negociaciones y discusiones interminables y varios estrenos, a cual más televisivo y anodino. Demasiado trabajo, en suma, para una sola jornada sin demasiada historia.

—Su película es chocante, ¿sabe? No le extrañe que el público no la entienda. A mí, sin embargo, me gustó, aunque no sepa exactamente por qué. Eso me excita más todavía. En contra del público, es un buen programa para empezar...

Se había quitado el vestido turquesa sin alardes mientras hablaba y estaba ahora totalmente desnuda frente a mí, excepto por unas braguitas a juego que procedió a quitarse al tiempo de concluir su frase, de modo que el descubrimiento de su pubis rasurado coincidió puntualmente con el momento en que sus labios proferían por segunda vez el vocablo sagrado del cine, el nombre de la divinidad incontestable, el soberano absoluto desde los orígenes del negocio. *Le public, El público, The public, Das Publikum, Il pubblico.*

—El vídeo está en el armario junto al minibar. Sírvase una copa si le apetece. No tardaré mucho, espero.

No tardó en darse la vuelta, en efecto, y encerrarse deprisa en el cuarto de baño sin permitirme examinar el reverso de su anatomía exhibida. Oí el ruido de la ducha mientras encendía el televisor y cargaba la cinta en el reproductor. Me sonreí por la coincidencia de las acciones, como si respondieran a un plan urdido por un tercero. La grabación no tenía títulos de crédito ni ningún tipo de pantalla previa. Me pareció una filmación de aficionado más que un borrador de trabajo. Pulsé la tecla de avance del mando para acabar antes o descubrir lo que ella quería que viera en esas imágenes borrosas y deficientes. Una escena porno tras otra, con escasas combinaciones, una persecución de coches por una autopista sucediendo a otra persecución de coches por otra autopista, o la misma, con distintos modelos y conductores, un aparente secuestro, una pelea ca-

llejera, un asalto a mano armada, un tiroteo a pistola en la terraza de un edificio, intercambiando actores o situaciones, una charla casual en una cafetería, etcétera. Parecía un muestrario cinematográfico de géneros populares filtrado por un formato documental que lo volvía aún más rutinario o previsible. Como serían los policíacos si en vez de la fantástica gente del cine los hicieran los propios policías o los jueces y fiscales encargados del caso. Como sería la ciencia ficción si la hicieran los astronautas o los científicos a cargo de la nave espacial o la plataforma de lanzamiento. O el cine histórico si lo realizaran los prejuiciados historiadores. Cine funcional, cine de funcionarios. Sólo el porno, a causa de su ramplonería audiovisual, podría salvarse. Nadie que conociera de verdad las convulsiones interiores del sexo podría filmarlo con tanta incompetencia.

No hablo como experto sino como espectador algo confuso, que es lo que yo era esa noche, en aquella espaciosa suite donde hasta el aire se impregnaba de un perfume indefinible, no necesariamente grato. Para contrarrestar su influjo sin interrumpir el visionado del vídeo me serví un whisky cualquiera en un vaso largo (ni siquiera miré la etiqueta, la oportuna botella estaba colocada encima del aparador, a mi alcance). Con o sin alcohol, no conseguía enterarme del sentido o la intención de lo que estaba viendo, así que no me quedaba otro recurso que consultar el manuscrito que había desdeñado inicialmente y ahora empezaba a considerar esencial. *Providence*. Ése era el misterioso título que su anónimo autor había inscrito al frente del volumen debajo de una enumeración de alternativas, variaciones verbales de la palabra original a cual más improbable. *Providens, Providense, Providenz, Provident, Provide...*

El guión no tenía más allá de un centenar de páginas a doble espacio y no era una novela, carecía de argumento o trama, ni realmente un guión, no contenía especificaciones técnicas, sólo diálogos y descripciones. No tuve tiempo de seguir hojeando el ejemplar («Llévatelo, es para ti, tengo más copias»). Mi amable anfitriona acababa de salir del cuarto de baño (me volví para verla en cuanto oí su voz anunciando su aparición) con el pelo chorreando y el cuerpo mojado y el ánimo rejuvenecido y lúdico. Estaba esperando una reacción así desde el principio. «Sécame», me ordenó, arrojándome la toalla a la cara para sacarme de mi parálisis mientras ella misma permanecía parada en mitad de la habitación sin adoptar ninguna pose especial ante el desconocido al que había invitado a su habitación sabiendo que no estaría en condiciones de rechazar su ofrecimiento. Su actitud era la más natural, dadas las circunstancias. No quería decepcionarme.

—Me llamo Delphine. Delphine Dielman, creo que no nos habían presentado antes.

Me levanté de la butaca donde me había sentado para revisar el farragoso metraje en la pantalla del monitor y caminé a su encuentro toalla en mano, como un mayordomo en un escenario libertino (el sello aristocrático del hotel inscrito en el grueso tejido de color verde confirmaba la pertinencia de mi interpretación). Nada más plantarme frente a ella el primer hecho que se fijó en mi conciencia fue la diferencia de estatura. La había creído ligeramente más alta que yo, pero ahora, descalza y sin ninguna ropa encima, se emparejaba conmigo justo por debajo de mi frente, a la altura de los ojos. Quise comenzar entonces por secarle la larga cabellera empapada, caída con todo su peso sobre los hombros, que la hacía parecer el fantasma de una mujer ahogada, pero me ofreció la alternativa sensual de su espalda en primera instancia y, sin pensar en las consecuencias del gesto, empecé a frotarla maquinalmente. Le pregunté por el contenido de la cinta de vídeo y por el manuscrito de título indefinible mientras le frotaba con delicadeza la pendiente encantadora que descendía hasta el promontorio de las nalgas. Se rió a carcajadas antes de preguntarme si podían interesarme.

—No entiendo.

Al oír mi lacónica respuesta, se volvió hacia mí con los ojos cerrados y los brazos alzados en pose insinuante, como respondiendo a mi desafío verbal con un suplemento de persuasión carnal. Por primera vez en toda la noche su actitud me pareció estudiada. Calculada. Diferente. Como frente a un espejo o una cámara fotográfica en una sesión privada. Pensé incluso que podría haber una cámara oculta instalada en alguna parte de la habitación con su consentimiento. Sin embargo, la perspectiva paranoica de ser vigilado por extraños no me paralizó. Nada complacía más a Delphine, como puede comprobar a menudo después de aquella noche iniciática, que los dobles sentidos, las alusiones y los equívocos de todo tipo.

—¿Te gustaría filmarlo? ¿Le encuentras posibilidades?

Para disipar el malentendido, volvía a no saber bien a qué podía referirse (qué debía querer filmar, qué ofrecía tantas posibilidades), le sequé los largos brazos y las depiladas axilas y el cuello de piel algo magullada y luego las tetas exuberantes y el vientre contraído, más arrugado por efecto del agua caliente, sin decir una palabra mientras ella seguía hablando sin parar, describiendo punto por punto el ambicioso proyecto, hablando de sus autores sin dar los nombres para protegerlos, mencionando los primeros problemas de producción (es decir, de financiación). Estaba probando mi grado de

respuesta a sus estímulos y, por qué no, mi nivel de excitación, no en vano comenzaba, como si tal cosa, a restregarle el desnudo pubis y los muslos entreabiertos con la dichosa toalla.

—Tenemos tiempo, quiero decir, tienes tiempo para pensarlo. No te preocupes. Te doy hasta mañana a mediodía.

Siento ser vulgar al decirlo pero Delphine conservaba a sus años las tetas aún erguidas y atractivas, así es como las veía desde abajo, en contrapicado, mientras le secaba sin prisa, como si los estuviera abillantando, los delgados tobillos (el derecho adornado con una esclavina dorada) y los pulcros pies, de tamaño desproporcionado y uñas también pintadas de azul para la ocasión. Las tetas de Delphine, por un aberrante efecto de la luz o de la posición relativa de los cuerpos, parecían tener veinte o treinta años menos que su cara o sus muslos y nalgas, regirse por una cronología distinta, menos cruel, más benévola con los atributos de la belleza. Como un agravio respecto del resto del cuerpo, así las veía ahora, redondas y tersas, mientras las enjugaba de nuevo con la húmeda toalla, un ostentoso recordatorio de la juventud perdida. Sospeché la intervención discreta de un cirujano en ese admirable estado de conservación. Se lo comenté y, sin ofenderse en absoluto, así era Delphine, me obligó a acariciárselas con el dorso de la mano derecha para comprobar al tacto que no eran facticias sino naturales. No quedé convencido, sin embargo. Sabía por experiencias anteriores que las técnicas de restauración habían avanzado mucho en esa sensible materia, pero Delphine tenía otros planes para mí, se había propuesto desnudarme y desabotonaba ya mi camisa sin esfuerzo, como para perder el tiempo con indagaciones inútiles. En estos casos siempre hay un momento en que uno tiene que acabar la tarea comenzada. Éste era uno de ellos, no había escapatoria para mí.

Al desnudar mi torso, acercó sus finos labios a los míos para certificar con un beso nuestro acuerdo y tampoco opuse resistencia a los avances de su lengua. No sentía asco, como hubiera creído en un principio, tampoco deseo. Sólo curiosidad. Era una sensación extraña que nunca hubiera pensado que experimentaría, pero no me disgustaba la novedad. En general, me gusta lo nuevo, en todos los terrenos. Arrojé la toalla a un lado, en señal de sumisión, y me concentré en abrazarla y acariciarla sin un objetivo definido mientras ella seguía luchando con mis ropas; las múltiples hebillas y enganches del pantalón amenazaban con acabar con su paciencia y resultaba delicioso verla morderse el labio inferior, como una niña impaciente, para concentrar toda su fuerza mágica en la punta de los dedos.

No había terminado de quitarme los calcetines, el momento más sórdido de cualquier desnudo masculino, cuando Delphine trató de arrastrarme tirando de un brazo hacia la enorme cama donde se había sentado a descansar. Era allí donde ella había decidido que debía cumplirse, cláusula a cláusula, la letra íntegra del pacto contraído entre ambos. Una cama de rey fabricada a medida para una reina viuda y solitaria, eso me pareció al entrar en la suite y eso me parecía ahora que se trataba de zambullirse en ella con mi madura acompañante como instructora. No me parecía necesario llegar hasta ahí, todo se alargaría y complicaría más de lo previsto, y me negué. Le insinué en vano que podíamos hacerlo en el suelo para variar, sobre la moqueta, me parecía más adecuado a la relación, no sé por qué, más honesto y divertido. Se rió de mi vocabulario prefabricado. Había que verle la cara radiante mientras combatía una vez más conmigo por atraerme a los dominios de su reino encantado – era y no era la misma de la mujer altiva que me había abordado en el pasillo del hotel– para lograr entender la tenacidad de su deseo. Al parecer, lo había intentado con uno de los botones del hotel nada más llegar y no le agradó la experiencia por culpa de la barata textura o la pésima higiene de la moqueta, no del impetuoso empleado, por supuesto. Su piel se había resentido con las rozaduras y no le apetecía, a estas alturas de la vida, cambiar su postura favorita por otra más activa. Claudiqué entonces ante su demanda conyugal sin más consideraciones protocolarias. No quería quedar por debajo de nadie.

–Estos hoteles ya no son lo que eran, la mala calidad y los malos modos se han apoderado de todos ellos, como de todo lo demás.

Las sábanas ya estaban revueltas a mi llegada, como si Delphine, tumbada en sentido inverso, con los grandes pies descansando encima de los almohadones y la cabeza tendida a los pies, hubiera pasado ociosamente todo el día metida en ellas planificando hasta el último detalle alguno de sus proyectos inmediatos. El dato, por fortuna, era falso. Tan falso como yo, que la penetraba ahora con pasmosa facilidad a pesar de no desearla demasiado. Delphine me estaba esperando, en cambio, con los brazos extendidos en cruz y las piernas replegadas. Debía sentirse muy excitada con la posibilidad de intimar con el director invitado, o haberse lubricado en abundancia momentos antes de salir del cuarto de baño para que nada fallara. A su edad no habría esperado esa grata abundancia de flujo, esa deslizante hospitalidad al abrirme de par en par el santuario de sus indiscreciones. Durante la fase inicial, la besaba y acariciaba en todas las zonas accesibles (labios, pómulos, cuello, hombros, pechos)

mientras no dejaba de moverme encima como un amante profesional, despegándome en ocasiones para favorecer el alcance de la penetración y poder observarla a distancia, desde arriba, en un picado excitante, y ella se movía también, acompañando mis oscilaciones con las suyas como una experta, acompasando sus movimientos al ritmo de los míos con una voluntad a prueba de decepciones y frustraciones, y me preguntaba todo el tiempo, con malsana insistencia, si me gustaba lo que hacía, lo que veía, lo que tocaba y poseía.

Para mi sorpresa, no estábamos solos en la cama. No me di cuenta al principio, dada la precipitación de mis primeras maniobras, pero había otro cuerpo oculto entre las sábanas aguardando el momento oportuno para hacer su aparición. Lo había rozado con un pie hacía un momento mientras rodábamos por encima hasta quedar en la posición actual, con medio cuerpo de Delphine colgando del vacío a los pies de la cama, y ahora chocaba con esa presencia desagradable cada vez que mi pierna derecha se estiraba al cambiar de postura o tomar impulso para mejorar mi rendimiento. Fuera lo que fuera, estaba frío, o me producía un frío sobrecogedor cada vez que mis miembros inferiores entraban en contacto con ese bulto agazapado. No parecía vivo. Permanecía al acecho bajo las sábanas que lo cubrían como a una mercancía robada. A pesar de la molestia, no quise interrumpir por un instante mis mecánicas acciones sobre el cuerpo de la anfitriona para identificar el objeto inerte con propiedad. Sólo al terminar, tras reponerme brevemente del esfuerzo inútil con la cabeza recostada como falsa recompensa contra las tetas pletóricas de Delphine (no había dejado de manosearlas todo el tiempo, como si fueran la única garantía de mi erección), y mientras ella me acariciaba la cabeza con una ternura impropia, me precipité a desvelar, sin abandonar la posición, el cuerpo intruso que yacía en la cama junto a nosotros y a quien culpaba ya de mi inesperado fracaso.

—¿Qué es esto?

Se rió otra vez antes de responder. Una carcajada siniestra, como de garganta dañada por los estragos de toda una vida de excesos y lujo.

—Un capricho. ¿Te gusta? La fabricó un artista amigo mío.

Qué podía decirle a esta mujer que había empezado a tutearme de improviso, contraviniendo las formalidades de su lengua en favor del trato promiscuo e igualitario de los cuerpos. Era una copia perfecta de Delphine inmortalizada en plena juventud. Una muñeca sintética con sus mismas facciones y atributos carnales. El maniquí des-

nudo era ella, o una imagen congelada de ella, con cuarenta años menos, según me dijo con humor, pero la misma cantidad de kilos (cincuenta y cuatro), sin un gramo de grasa sobrante. Todo un éxito estético o dietético. Los duplicados de las tetas, por fortuna, también eran idénticos (los pezones, las aréolas y el grano de la piel imitados del original con un realismo sobrecogedor). Como eran idénticas la luminosa peluca y la nariz recta y el tono, las manchas y el brillo de la piel y las pupilas marrones y la dentadura y hasta la horma de los pies y la conformación de los dedos. Tuve que fijarme mucho, lo reconozco, examinarlas a conciencia, para comprobar el cúmulo de similitudes superficiales entre ambas. Delphine tenía abundantes motivos para sentirse orgullosa de las cualidades miméticas de su réplica tridimensional.

—Hay una pequeña diferencia, sin embargo, pero no te la voy a señalar, descúbrela tú, si puedes...

Incluso el sexo afeitado (con los labios replegados de la vulva de goma, el montículo del clítoris y el orificio de acceso ocultos tras ellos con esmero) representaba una extraña forma de fidelidad a una imagen futura (o pasada) de sí misma.

—Puedes follártela también, Álex. Está equipada para satisfacer al máximo a canallas de tu clase...

La doble estética de Delphine había sido diseñada y pagada al contado por un amante maniático cuando ella tenía veinte años, un productor de cine mucho mayor que ella, ya muerto, que no soportaba la idea de verla envejecer y perder la belleza que lo había cautivado y se hizo fabricar este simulacro de silicona y látex para eternizarla sexualmente, según me contó poniéndose seria de repente. Delphine soñaba por entonces con llegar a ser una gran actriz y había actuado en algunas películas de éxito moderado. Pero Robert, tal era el nombre propio del apasionado productor, era tan posesivo con ella que la obligó a retirarse a los veinticinco y ella aceptó hacerlo por amor y deseo. Eso era todo. O casi.

—Tenía un pene enorme, ni te imaginas, qué sesiones, uno de los mayores que he visto en mi vida, y créeme que los he visto de todos los tamaños, como suele decirse. Y el tamaño importa, espero no ofenderte, yo estaba enganchada, no te digo más. De todos modos, nos separamos. Vivía en una jaula de oro y cada vez que nos enfadábamos se follaba a la muñeca y me lo decía para darme celos. Alguna vez traté de destruirla, pero no fui capaz. Era mi viva imagen. Pasaban los años y daba gusto mirarla. Era mejor que un espejo cuando estás guapa y seductora, mejor que un amante joven cuando estás deprimida. Así que se quedó con ella cuando nos se-

paramos definitivamente y la perdí de vista. Sé que Robert la prosti-tuyó con amigos y extraños para vengarse de mí y de mis infidelida-des. Al morir él, hace cuatro años, la muñeca volvió a mi poder. Y me enamoré como una loca. No podía creerlo. Ahí estaba yo otra vez, tal cual me recordaba, la misma imagen mental que había guardado durante todos esos años. Desde entonces, no me separo nunca de ella... Quiero que te la folles, Álex, óyeme bien, quiero mirar cómo lo haces, por favor, hazme feliz, no sabes lo que eso significaría para mí en este momento de mi vida...

Yo no era tan perverso como Delphine había supuesto. Por ciertos aspectos de la película, se había hecho una idea equivocada de mí y de mis tendencias sexuales. No podía improvisar un gusto necrófilo que no era el mío. A pesar de lo que ella había llegado a creer, asociándola al apetito desmedido y el extravagante amor de la juventud, la muñeca, con todo su embalsamado poder de seducción, no representaba para mí sino una imagen plástica de su cadáver. Un fetiche fúnebre. Un cuerpo momificado e incorrupto, un simulacro sin vida ni sensibilidad, reconstruido con materiales imperecederos e impecable artesanía funeraria, pero no un cuerpo fragante y deseable, tan maduro para la entrega y el placer como para la muerte y la putrefacción. Los directores, con las excepciones de rigor, somos demasiado inocentes en el fondo. Pasivos, mirones, vanidosos, conquistadores, según los gustos de cada cual, de actrices, actores y demás aspirantes a la prostituida profesión de farsante universal, pero nada que ver con esta patología narcisista de la imagen. Esta morbosa sofisticación del deseo, este refinamiento del placer que bordea la degeneración y la decadencia. Comparado con Delphine, no podía sino verme de nuevo como un amargo moralista de la vieja escuela, un anticuado de la peor especie. Y empecé a preguntarme seriamente dónde se les habría ocurrido emplazar las cámaras (imaginaba que habría más de una, disimuladas en diversos enclaves de la suite) y quién, maldita sea, estaría al otro lado, vigilando la perturbadora escena y la correcta grabación de las imágenes. Dada mi situación, no era anormal sentirme así de «normal».

—No. Lo siento. No puedo hacerlo.

—¿Cómo que no puedes? Por quién me tomas.

Estábamos todavía en la cama regia, envueltos en las sábanas con la obscena desidia de una pareja de recién casados encerrada durante días en la suite nupcial tratando de penetrar el misterio profano del compromiso y la consumación, y Delphine, la astuta y sibilina Delphine, pegada a mí, me sonreía ahora de ese modo diabólico con que ella sabía controlar las reacciones y los afectos de sus vícti-